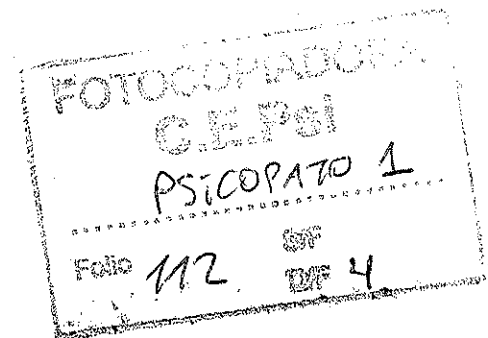


Sobre algunos mecanismos  
neuróticos en los celos, la  
paranoia y la homosexualidad  
(1922 [1921])



## Nota introductoria

«Über einige neurotische Mechanismen bei Eifersucht, Paranoia und Homosexualität»

### *Ediciones en alemán*

- 1922 *Int. Z. Psychoanal.*, 8, n° 3, págs. 249-58.  
1924 *GS*, 5, págs. 387-99.  
1924 *Psychoanalyse der Neurosen*, págs. 125-39.  
1931 *Neurosenlehre und Technik*, págs. 173-86.  
1940 *GW*, 13, págs. 195-207.  
1973 *SA*, 7, págs. 217-28.

### *Traducciones en castellano\**

- 1929 «Sobre algunos mecanismos neuróticos en los celos, la paranoia y la homosexualidad». *BN* (17 vols.), 13, págs. 277-90. Traducción de Luis López-Ballesteros.  
1943 Igual título. *EA*, 13, págs. 288-99. El mismo traductor.  
1948 Igual título. *BN* (2 vols.), 1, págs. 1030-5. El mismo traductor.  
1953 Igual título. *SR*, 13, págs. 219-29. El mismo traductor.  
1967 Igual título. *BN* (3 vols.), 1, págs. 1018-22. El mismo traductor.  
1974 Igual título. *BN* (9 vols.), 7, págs. 2611-8. El mismo traductor.

Sabemos por Ernest Jones (1957, págs. 85-6) que este trabajo fue escrito probablemente en enero de 1921 y leído por Freud ante un pequeño grupo de amigos en setiembre de ese año en las montañas del Harz, en la misma ocasión que «Psicoanálisis y telepatía» (1941d [1921]) (cf.

\* (Cf. la «Advertencia sobre la edición en castellano», *supra*, pág. xi y n. 6.)

mi «Nota introductoria» a este último trabajo, *supra*, pág. 167). El examen de los delirios paranoicos (*infra*, pág. 220) se remonta en parte a observaciones similares contenidas en el capítulo XII de *Psicopatología de la vida cotidiana* (1901b), *AE*, 6, págs. 248-9.

James Strachey

## A

Los celos se cuentan entre los estados afectivos, como el duelo, que es lícito llamar normales. Toda vez que parecen faltar en el carácter y la conducta de un hombre, está justificado concluir que han sufrido una fuerte represión y por eso cumplen un papel tanto mayor dentro de la vida anímica inconciente. Los casos de celos reforzados hasta lo anormal, que dan intervención al análisis, se presentan como de estratificación triple. Los tres estratos o niveles de los celos merecen los nombres de: 1) *de competencia* o normales; 2) *proyectados*, y 3) *delirantes*.

Sobre los celos *normales* hay poco que decir desde el punto de vista analítico. Se echa de ver fácilmente que en lo esencial están compuestos por el duelo, el dolor por el objeto de amor que se cree perdido, y por la afrenta narcisista, en la medida en que esta puede distinguirse de las otras; además, por sentimientos de hostilidad hacia los rivales que han sido preferidos, y por un monto mayor o menor de autocrítica, que quiere hacer responsable al yo propio por la pérdida del amor. Estos celos, por más que los llamemos normales, en modo alguno son del todo acordes a la *ratio*, vale decir, nacidos de relaciones actuales, proporcionados a las circunstancias efectivas y dominados sin residuo por el yo conciente; en efecto, arraigan en lo profundo del inconciente, retoman las más tempranas mociones de la afectividad infantil y brotan del complejo de Edipo o del complejo de los hermanos del primer período sexual. Comoquiera que fuese, es digno de notarse que en muchas personas son vivenciados bisexualmente, esto es: en el hombre, además del dolor por la mujer amada y el odio hacia los rivales masculinos, adquiere eficacia de refuerzo también un duelo por el hombre al que se ama inconcientemente y un odio hacia la mujer como rival frente a aquel. Y aun sé de un hombre que padecía cruelmente con sus ataques de celos y que, según él sostenía, era traspasado por las torturas más terribles al trasladarse inconcientemente a la posición de la

mujer infiel. La sensación de encontrarse inerme, las imágenes que hallaba para su estado.—como si él, cual Prometeo, hubiera sido expuesto para pasto de los buitres o, encadenado, lo hubiesen arrojado a un nido de serpientes—, las refería a la impresión de varios ataques homosexuales que había vivenciado de muchacho.

Los celos del segundo estrato, o *proyectados*, provienen, así en el hombre como en la mujer, de la propia infidelidad, practicada de hecho, o de impulsiones a la infidelidad que han caído bajo la represión. Es una experiencia cotidiana que la fidelidad, sobre todo la exigida en el matrimonio, sólo puede mantenerse luchando contra permanentes tentaciones. Quien las desmiente dentro de sí mismo, siente empero sus embates con tanta fuerza que es proclive a echar mano de un mecanismo inconciente para hallar alivio. Se procura tal alivio, y hasta una absolución de su conciencia moral, proyectando a la otra parte, hacia quien es deudor de fidelidad, sus propias impulsiones a la infidelidad. Este poderoso motivo puede servirse después del material de percepciones que delata mociones inconcientes del mismo género en la otra parte, y acaso se justifique con la reflexión de que el compañero o la compañera probablemente no son mucho mejores que uno mismo.<sup>1</sup>

Las costumbres sociales han saldado cuentas sabiamente con este universal estado de cosas permitiendo cierto juego a la coquetería de la mujer casada y al donjuanismo del marido, con la esperanza de purgar y neutralizar así la innegable inclinación a la infidelidad. La convención establece que las dos partes no han de echarse en cara estos pasitos en dirección a la infidelidad, y las más de las veces consigue que el encendido apetito por el objeto ajeno se satisfaga, mediante un cierto retroceso a la fidelidad, en el objeto propio. Pero el celoso no quiere admitir esta tolerancia convencional; no cree posibles la detención o la vuelta en ese camino que una vez se emprendió, ni que el «flirt» social pueda ser, incluso, una garantía contra la infidelidad efectiva. En el tratamiento de uno de estos celosos es preciso evitar ponerle en entredicho el material en que él se apoya; sólo puede procurarse moverlo a que lo aprecie de otro modo.

Los celos nacidos de una proyección así tienen, es cierto, un carácter casi delirante, pero no ofrecen resistencia al trabajo analítico, que descubre las fantasías inconcientes de la

<sup>1</sup> Cf. el canto de Desdémona [*Otelo*, acto IV, escena 3]:

«He llamado a mi amor amor perjuro, pero, ¿qué dijo entonces? Si cortejo a otras mujeres, dormiréis con otros hombres».

infidelidad propia. Peor es la situación en el caso de los celos del tercer estrato, los *delirantes* en sentido estricto. También estos provienen de anhelos de infidelidad reprimidos, pero los objetos de tales fantasías son del mismo sexo. Los celos delirantes corresponden a una homosexualidad fermentada, y con derecho reclaman ser situados entre las formas clásicas de la paranoia. En su calidad de intento de defensa frente a una moción homosexual en extremo poderosa, podrían acotarse (en el caso del hombre) con esta fórmula: «Yo no soy quien lo ama; *ella* lo ama».<sup>2</sup>

Frente a un caso de delirio de celos, habrá que estar preparado para hallar celos de los tres estratos, nunca del tercero solamente.

## B

*Paranoia.* Por razones conocidas, los casos de paranoia se sustraen la mayoría de las veces de la indagación analítica. No obstante, en estos últimos tiempos el estudio intenso de dos paranoicos me permitió aclarar algo nuevo para mí.

El primer caso fue el de un hombre joven con una paranoia de celos bien marcada, cuyo objeto era su mujer, de una intachable fidelidad. Un período tormentoso en que el delirio lo dominó sin interrupción ya era asunto del pasado para él. Cuando lo vi, sólo seguía produciendo ataques aislados; duraban varios días y, cosa interesante, por lo general sobrevenían al día siguiente de un acto sexual, por lo demás satisfactorio para ambas partes. Es lícito inferir que en cada caso, después de saciada la libido heterosexual, el componente homosexual coexcitado se conquistaba su expresión en el ataque de celos.

El ataque extraía su material de la observación de mínimos indicios, por los cuales se le había traslucido la coquetería de la mujer, por completo inconciente e imperceptible para otro. Ora había rozado inadvertidamente con su mano al señor que se sentaba junto a ella, ora había inclinado demasiado su rostro hacia él o le había exhibido una sonrisa más amistosa, que no usaba a solas con su marido. El ponía un grado extraordinario de atención en todas las exteriorizaciones del inconciente de ella, y siempre sabía interpretarlas rectamente, de suerte que en verdad siempre tenía razón y aun podía acudir al análisis para justificar sus ce-

<sup>2</sup> Véase el análisis de Schreber (1911c) [parte III].

los. Ciertamente, su anormalidad se reducía a que él observaba lo inconciente de su mujer con mayor agudeza, y luego lo tasaba en más de lo que a otro se le ocurriría hacerlo.

Nos viene a la memoria que también los paranoicos perseguidos se comportan de una manera en un todo similar. Tampoco ellos admiten nada indiferente en otro, y en su «delirio de ilación» usan los mínimos indicios que les ofrecen esos otros, extraños. El sentido de su delirio de ilación es, en efecto, que esperan de todo extraño algo como amor; pero estos otros no les demuestran nada semejante, se les rien en la cara, agitan su bastón o hasta escupen en el suelo cuando ellos pasan, y eso es algo que realmente no se hace cuando se tiene algún interés amistoso hacia la persona que está cercana. Sólo se lo hace cuando a uno esa persona le resulta del todo indiferente, cuando puede tratarla como si nada se le importase de ella, y el paranoico no anda tan errado en cuanto al parentesco fundamental de los conceptos «extraño» y «enemigo» cuando siente esa indiferencia, en relación con su demanda de amor, como hostilidad.

Ahora sospechamos que describimos de modo harto insatisfactorio la conducta del paranoico, tanto del celoso como del perseguido, cuando decimos que proyectan hacia afuera, sobre otros, lo que no quieren percibir en su propia interioridad. Sin duda que lo hacen, pero no proyectan en el aire, por así decir, ni allí donde no hay nada semejante, sino que se dejan guiar por su conocimiento de lo inconciente y desplazan sobre lo inconciente del otro la atención que sustraen de su inconciente propio. Nuestro celoso discierne la infidelidad de su mujer en lugar de la suya propia; y en la medida en que se hace conciente de la de su mujer aumentada a escala gigantesca, logra mantener inconciente la propia. Si juzgamos que su ejemplo sirve como patrón, nos es lícito inferir que también la hostilidad que el perseguido encuentra en otros es el reflejo especular de sus propios sentimientos hostiles hacia esos otros. Y como sabemos que en el paranoico precisamente la persona más amada del mismo sexo deviene el perseguidor, damos en preguntarnos de dónde proviene esta inversión del afecto, y la respuesta más inmediata sería que el sentimiento de ambivalencia, presente de continuo, proporciona la base para el odio, y lo refuerza el incumplimiento de los requerimientos de amor. Así, para defenderse de la homosexualidad, la ambivalencia de sentimientos presta al perseguido el mismo servicio que los celos prestaban a nuestro paciente.

Los sueños de mi paciente celoso me depararon una gran sorpresa. Es cierto que no se presentaron contemporáneos

al estallido del ataque, pero lo hicieron todavía bajo el imperio del delirio: estaban totalmente exentos de delirio, y permitían reconocer las mociones homosexuales subyacentes con un grado de disfraz no mayor que el habitual. Dada mi escasa experiencia en materia de sueños de paranoicos, ello me indujo a suponer, con carácter general, que la paranoia no se introduce en el sueño.

El estado de homosexualidad era fácil de apreciar en este paciente. No había entablado amistades ni intereses sociales ningunos; se imponía la impresión de que el delirio había tomado a su exclusivo cargo el ulterior desarrollo de sus vínculos con el varón, como para restituir un fragmento de lo omitido. La poca importancia del padre en su familia y un bochornoso trauma homosexual que él sufrió en su temprana adolescencia habían cooperado para empujar su homosexualidad a la represión y atajarle el camino de la sublimación. Toda su juventud estuvo dominada por un fuerte vínculo con la madre. Entre varios hijos era, declaradamente, el preferido de la madre, y desarrolló con relación a ella unos fuertes celos de tipo normal. Más tarde, cuando hizo su elección matrimonial, dominado en lo esencial por el motivo de enriquecer a la madre, su anhelo de una madre virginal se exteriorizó en dudas obsesivas sobre la virginidad de su novia. Los primeros años de su matrimonio trascurrieron sin celos. Después fue infiel a su mujer y entabló una prolongada relación con otra. Sólo cuando, sobrecogido por una determinada sospecha, hubo abandonado esta relación amorosa, estallaron en él unos celos del segundo tipo, el tipo proyectivo, con los que pudo apaciguar los reproches que se hacía a causa de su infidelidad. Esos celos se complicaron pronto, por la injerencia de mociones homosexuales cuyo objeto era el suegro, hasta convertirse en una paranoia de celos plenamente desarrollada.

Mi segundo caso probablemente no se habría clasificado en ausencia de análisis como *paranoia persecutoria*, pero me vi forzado a concebir a este joven como un candidato a ese desenlace patológico. Había en él una ambivalencia, extraordinaria por su envergadura, en la relación con el padre. Por una parte, él era el rebelde más declarado, que en todos los aspectos se había desarrollado en manifiesta divergencia con los deseos e ideales de su padre; por la otra, empero, y en un estrato más profundo, era el hijo más sumiso, que tras la muerte del padre se denegó el goce de la mujer, presa de una tierna conciencia de culpa. Sus relaciones reales con hombres estaban presididas a todas luces por la desconfianza; con su potente intelecto supo racionalizar esta actitud

y disponer las cosas para que conocidos y amigos lo engañasen y explotasen. Lo nuevo que aprendí en él fue que pensamientos clásicos de persecución pueden estar presentes sin que se les dé crédito ni se les atribuya valor. Durante su análisis, destellaron en ocasiones, pero él no les asignaba importancia ninguna y por lo general se mofaba de ellos. Quizá suceda algo semejante en muchos casos de paranoia. En el momento en que se contrae esa enfermedad tal vez juzguemos las ideas delirantes exteriorizadas como producciones nuevas, cuando en verdad pudieron existir desde mucho tiempo atrás.

Una importante intelección es, me parece, que un factor cualitativo, la presencia de ciertas formaciones neuróticas, tiene menor valor práctico que el factor cuantitativo: el grado de atención o, mejor dicho, el grado de investidura que estos productos puedan atraer sobre sí. La elucidación de nuestro primer caso, el de la paranoia de celos, nos había invitado a una idéntica apreciación del factor cuantitativo, puesto que nos mostró que ahí la anormalidad consistía, esencialmente, en la sobreinvestidura de las interpretaciones de lo inconsciente del otro. Por el análisis de la historia hace mucho que conocemos un hecho análogo. Las fantasías patógenas, retoños de mociones pulsionales reprimidas, son toleradas largo tiempo junto a la vida anímica normal y no producen efectos patógenos hasta que no reciben una sobreinvestidura por un vuelco de la economía libidinal; sólo entonces estalla el conflicto que conduce a la formación de síntoma. De tal suerte, en el progreso de nuestro conocimiento nos vemos llevados cada vez más a situar en el primer plano el punto de vista *económico*. Me gustaría dejar planteado también este interrogante: ¿No basta el factor cuantitativo que hemos destacado aquí para cubrir los fenómenos a raíz de los cuales recientemente Bleuler [1916] y otros han querido introducir el concepto de «conmutador»? Sólo habría que suponer que un incremento de la resistencia en cierta dirección del decurso psíquico origina una sobreinvestidura de otro camino y, así, la interpolación de este en dicho decurso.<sup>3</sup>

Una instructiva oposición se presentó en mis dos casos de paranoia en cuanto al comportamiento de los sueños. Mientras que en el primer caso, como dijimos, los sueños estaban exentos de delirio, el otro paciente producía en gran

<sup>3</sup> [La idea que está en la base de esto se remonta al cuadro del aparato psíquico que Freud ya había trazado en su «Proyecto de psicología» de 1895 (1950a).]

número sueños de persecución que podían considerarse los precursores o las formaciones sustitutivas de las ideas delirantes de idéntico contenido. Lo persecutorio, de lo cual sólo con gran angustia podía sustraerse, era por regla general un potente toro o algún otro símbolo de la virilidad que él mismo muchas veces, todavía en el sueño, reconocía como subrogación del padre. Cierta vez informé de un sueño paranoico de transferencia muy característico. Vio que yo me rasuraba en presencia de él, y notó, por el olor, que usaba para eso el mismo jabón que su padre. Yo lo hacía para compelerlo a que trasfiriere a su padre sobre mi persona. En la elección de la situación soñada se revelaba de manera inocultable el menosprecio del paciente por sus fantasías paranoicas y su incredulidad hacia ellas, pues el examen cotidiano podía enseñarle que yo nunca me veía en el caso de usar jabón de afeitar, y por tanto en este punto no ofrecía asidero alguno a la transferencia paterna.

Ahora bien, la comparación de los sueños de nuestros dos pacientes nos enseña que nuestro planteo, a saber, si la paranoia (u otra psiconeurosis) puede instilarse también en el sueño, descansa en una concepción incorrecta de este. El sueño se diferencia del pensamiento de vigilia en que puede acoger contenidos (del ámbito de lo reprimido) cuya presentación en el pensamiento de vigilia no se autorizaría. Aparte de ello, es sólo una *forma del pensar*, una remodelación del material de pensamiento preconciente por obra del trabajo del sueño y sus condiciones.<sup>4</sup> Nuestra terminología de las neurosis es inaplicable a lo reprimido; no se lo puede llamar histérico, ni neurótico obsesivo, ni paranoico. En cambio, la otra parte del material sometido a la formación del sueño, los pensamientos preconcientes, puede ser normal o llevar en sí el carácter de una neurosis cualquiera. Los pensamientos preconcientes pueden ser los resultados de todos aquellos procesos patógenos en que reconocemos la esencia de una neurosis. Y no vemos la razón por la cual una idea enfermiza cualquiera de esa índole no podría experimentar su remodelamiento en un sueño. Por tanto, un sueño puede corresponder sin más a una fantasía histérica, a una representación obsesiva, a una idea delirante, vale decir, destilarse como tal en su interpretación. En nuestra observación de los dos paranoicos hallamos que el sueño del uno es normal mientras ese hombre se encuentra todavía en medio del ataque, y que el del otro tiene un contenido para-

<sup>4</sup> [Cf. «Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina» (1920a), *supra*, pág. 158.]

noico mientras él aún se burla de sus ideas delirantes. Por consiguiente, el sueño ha recogido en los dos casos lo que en la vida de vigilia estaba en ese momento esforzado hacia atrás. Pero tampoco esa es necesariamente la regla.

## C

*Homosexualidad.* Reconocer el factor orgánico de la homosexualidad no nos dispensa de la obligación de estudiar los procesos psíquicos que concurren en su génesis. El proceso típico,<sup>5</sup> establecido para incontables casos, consiste en que el hombre joven, intensamente fijado a la madre, algunos años después de la pubertad emprende una vuelta (*Wendung*), se identifica él mismo con la madre y se pone a la busca de objetos de amor en los que pueda reencontrarse, para amarlos entonces como la madre lo amó a él. Como marca de este proceso se establece por muchos años esta condición de amor: los objetos masculinos deben tener la edad en que se produjo en él esa trasmutación. Hemos tomado conocimiento de diversos factores que contribuyen a este resultado, probablemente en grados variables. En primer lugar, la fijación a la madre, que dificulta el pasaje a otro objeto femenino. La identificación con la madre es un desenlace de este vínculo de objeto y al mismo tiempo permite permanecer fiel, en cierto sentido, a ese primer objeto. Después, la inclinación a la elección narcisista de objeto, que en general es más asequible y de ejecución más fácil que el giro (*Wendung*) hacia el otro sexo. Tras este factor se oculta otro de fuerza muy especial, o que quizá coincide con él: la alta estima por el órgano viril y la incapacidad de renunciar a su presencia en el objeto de amor. El menosprecio por la mujer, la repugnancia y aun el horror a ella, por lo general derivan del descubrimiento, hecho tempranamente, de que la mujer no posee pene. Más tarde hemos llegado a conocer todavía, como poderoso motivo para la elección homosexual de objeto, la deferencia por el padre o la angustia frente a él, pues la renuncia a la mujer tiene el significado de «hacerse a un lado» en la competencia con él (o con todas las personas de sexo masculino que hacen sus veces). Estos dos últimos motivos, el aferrarse a la condición del pene así como el hacerse a un lado, pueden impu-

<sup>5</sup> [Descrito por Freud en el cap. III de su estudio sobre Leonardo da Vinci (1910c).]

tarse al complejo de castración. Vínculo con la madre, narcisismo, angustia de castración: he ahí los factores (en manera alguna específicos, por lo demás) que habíamos descubierto hasta el presente en la etiología psíquica de la homosexualidad, y a ellos se sumaban todavía la influencia de la seducción, culpable de una fijación prematura de la libido, así como la del factor orgánico, que favorece la adopción de un papel pasivo en la vida amorosa.

Pero nunca creímos que este análisis de la génesis de la homosexualidad fuese completo. Hoy puedo señalar un nuevo mecanismo que lleva a la elección homosexual de objeto, aunque no sé indicar en cuánto deba estimarse su papel en la conformación de la homosexualidad extrema, la manifiesta y exclusiva. La observación llamó mi atención sobre muchos casos en los cuales habían emergido en la temprana infancia mociones de celos de particular intensidad (en los varones), que provenían del complejo materno e iban dirigidos a rivales, las más de las veces hermanos mayores. Estos celos provocaban actitudes intensamente hostiles y agresivas hacia los hermanos, que podían extremarse hasta desearles la muerte; empero, sucumbían en el proceso de desarrollo. Bajo los influjos de la educación, y sin duda también por la continua impotencia de estas mociones, se llegaba a su represión y a una trasmutación de sentimientos, de suerte que los que antes eran rivales devenían ahora los primeros objetos de amor homosexual. Un desenlace así del vínculo con la madre exhibe múltiples e interesantes relaciones con otros procesos que conocemos. Es, en primer lugar, la cabal contraparte del desarrollo de la *paranoia persecutoria*, en la cual las personas a quienes primero se amó devienen los odiados perseguidores, mientras que aquí los odiados rivales se trasmudan en objetos de amor. Además, se presenta como una exageración del proceso que, según mi opinión, conduce a la génesis individual de las pulsiones sociales.<sup>6</sup> Aquí como allí, están presentes al comienzo mociones hostiles y de celos que no pueden alcanzar la satisfacción, y los sentimientos de identificación tiernos, así como los sociales, se engendran como formaciones reactivas contra los impulsos de agresión reprimidos.

Con este nuevo mecanismo de la elección homosexual de objeto (su génesis en una rivalidad refrenada y una inclinación agresiva reprimida) van mezcladas en muchos casos las condiciones típicas que ya conocemos. No es raro ente-

<sup>6</sup> Cf. mi *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921c) [*supra*, págs. 113 y sigs.].

rarse, por la biografía de homosexuales, que su vuelta (giro) sobrevino después que la madre alabó a otro muchacho o lo ensalzó como modelo. Por ese medio se estimuló la tendencia a la elección narcisista de objeto, y tras una breve fase de agudos celos el rival fue convertido en objeto de amor. Pero en lo restante este nuevo mecanismo se diferencia por el hecho de que en él la trasmutación se produce a edad muy temprana y la identificación con la madre aparece en el trasfondo. Además, en los casos que yo observé, provocó sólo actitudes homosexuales que no excluían la heterosexualidad ni conllevaban un *horror feminae*.

Es sabido que un número considerable de personas homosexuales se distinguen por un particular desarrollo de las mociones pulsionales sociales y por su consagración a intereses colectivos. Se estaría tentado de dar esta explicación teórica: un hombre que ve en otros hombres objetos posibles de amor tiene que comportarse hacia la comunidad de los hombres diferentemente que otro, que se vea precisado a discernir en el hombre, ante todo, el rival frente a la mujer. Contradice esto, empero, el que también en el amor homosexual hay celos y rivalidad, y que la comunidad de los hombres incluye a estos rivales posibles. Pero aun aparte de esta fundamentación especulativa, no puede ser indiferente, respecto de la alianza entre homosexualidad y sensibilidad social, el hecho de que la elección homosexual de objeto no pocas veces proviene de un refrenamiento precoz de la rivalidad con el hombre.

En la consideración psicoanalítica estamos habituados a concebir los sentimientos sociales como sublimaciones de actitudes homosexuales de objeto. En los homosexuales de inclinación social, no se habría consumado plenamente el desasimilamiento de los sentimientos sociales respecto de la elección de objeto.

## Dos artículos de enciclopedia: «Psicoanálisis» y «Teoría de la libido»

(1923 [1922])